

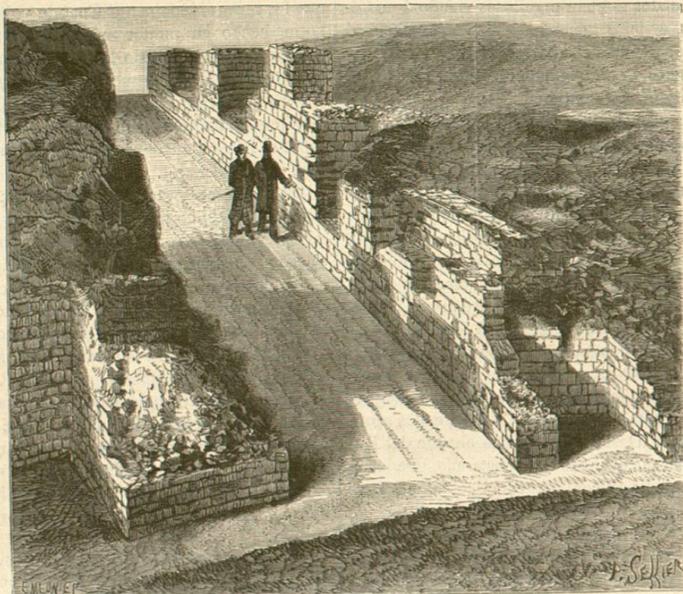
Juliano con cierto desdén. Antes de la acción, le intimaron con altivez que evacuara un país que, al decir de ellos, les pertenecía, alegando cartas de Constancio que parecía abandonarles esta provincia, cuando los solicitó para hacer una diversión contra Magnencio.

La contestación fué muy dura: seis mil bárbaros quedaron sobre el campo de batalla. Juliano, á quien podía reconocerse por el dragón de púrpura, especie de estandarte que le seguía, se mostraba en todas partes, y en el momento decisivo lanzó al combate sus catafractarios. Gran número de fugitivos se ahogaron en el Rin, ó recibieron la muerte al procurar salvarse á nado: entre los cautivos se

encontró el más famoso de sus reyes, Chnodomar, que había sido el terror de la Galia. En vez de arrojarlo á las fieras, Juliano se lo envió á Constancio (agosto de 357) (1). El viejo guerrero internado en Roma, vivió allí seis años.

Esta victoria llenó de alegría al imperio y de espanto á la Germania. Juliano aprovechó la ocasión para pasar el río y llevar el estrago al país de aquellos eternos saqueadores, y no salió de sus tierras hasta que la nieve comenzó á blanquear las alturas.

Antes de repasar el Rin, con 20.000 prisioneros romanos que había libertado, levantó las defensas del fuerte construido por Trajano en la confluencia del Nidda y del



Anfiteatro de Lutecia (entrada por la calle de Navarra)

Mein, lo cual era devolver al desmayado imperio la altiva actitud que en mejores días le diera el gran Trajano. Espantados los alamanos solicitaron la paz; pero Juliano no les concedió más que una tregua de diez meses, á condición de proveer de víveres el fuerte levantado contra ellos.

Después de esta brillante campaña, tenían ya derecho los soldados á un reposo tan bien ganado; pero el joven caudillo podía ahora exigirles todos los sacrificios, y aunque en medio del invierno, los condujo al bajo Mosa, donde los francos querían, al parecer, establecerse á permanencia. Los alamanos no eran aficionados á encerrarse en las ciudades, que consideraban como sepulcros de hombres vivos: así una batalla en campo raso, en que la ventaja estaba de parte de la táctica y del armamento de los romanos, había bastado para expulsarlos de la Galia. Dotados acaso de un espíritu más militar, los francos se habían establecido á permanencia hacía ya veinte años entre la embocadura del Mosa y del Escalda, en tierras medio

tes, que fueron de su propiedad, como en la Edad media cada caballero tenía sus armas hereditarias. La *Not. dignit.* da numerosos ejemplos.

(1) Am. Marcelino refiere larga y confusamente esta batalla, de que Juliano habla con modestia, limitándose á llamarla una dichosa jornada. Se ha acusado á Constancio de haberse atribuido ridícula-

inundadas, que les aseguraban refugios inexpugnables, y para extenderse más lejos, comprendían la importancia de las posiciones fortificadas.

Mientras el ejército estaba allende el Rin, habían venido á reconstruir dos viejos fuertes sobre el Mosa, que los hacían dueños de su curso, y desde donde partirían la primavera para penetrar en el interior del país. Juliano no quiso dejar á la espalda tan audaces aventureros y durante cincuenta y cuatro días de los meses diciembre y enero los tuvo rigurosamente cercados, á pesar de la lluvia, de la nieve y del frío. Barcos siempre en movimiento en el río quebraban el hielo y les impedían hacer puente por donde huir. Al fin, el hambre los obligó á rendirse. «Causaba extrañeza, dice un contemporáneo, verlos prisioneros, porque la ley de los francos les manda vencer ó morir.» Juliano se los envió también á Constancio, quien los incorporó á su guardia.

mente el honor de esta victoria. No hizo en esto más que seguir un antiguo uso romano. El verdadero vencedor, aunque distara mucho del campo de batalla, era siempre aquel bajo cuyos auspicios se combatía, y el cristianismo no había cambiado este sentimiento pagano; sino que Constancio llevó su poca aprensión hasta el extremo de dar cuenta de la batalla como si hubiera asistido á ella y sin mentar siquiera á Juliano.

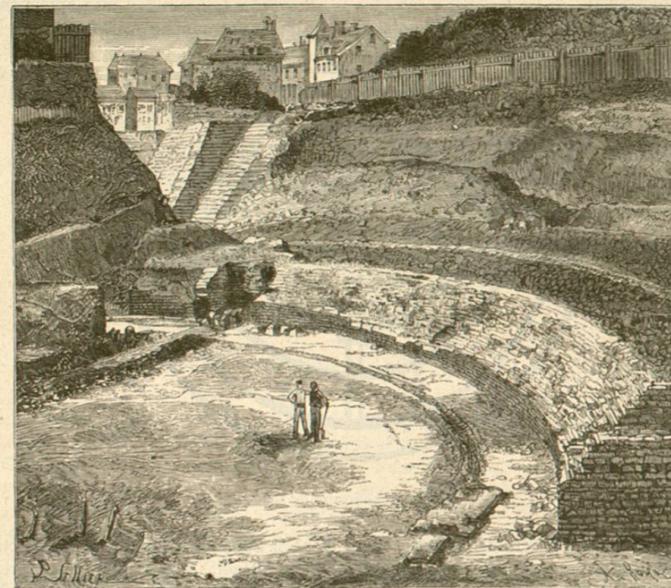
Un año después (358), mucho antes que los trigos maduraran, entró otra vez en campaña, haciendo llevar á sus soldados bizcocho ó galleta, *buccellatum*, para veinte días. Sorprendidos por una rápida marcha, los francos salios, expulsados de la Batavia en otro tiempo por los cuados, se reconocieron súbditos del imperio y se comprometieron á suministrar un cuerpo de caballería. En cambio, les abandonó Juliano la Toxandria entre las embocaduras del Mosa y el Escalda (1).

El mismo éxito obtuvo de su empresa contra los chamavos ó camavos, otra tribu franca, á la que obligó á volver Rin allende. Había exigido de ellos que le entregaran

en rehenes el hijo de su rey; pero el joven príncipe había desaparecido de la batalla, y dándolo por muerto su padre, deploraba la desgracia que afligía á su raza y á su pueblo. «Tu hijo vive,» le dijo Juliano. Y presentándole el prisionero, añadió: «Yo lo conservo á mi lado, y nada le faltará mientras sea fiel á mi amistad.»

Aquellos hombres avezados á la sangre, se conmovieron ante este rasgo, que les pareció generoso, y era á lo menos hábil. Mucho tiempo después se encuentran aún auxiliares chamavos en el ejército romano.

A fin de quitar á los francos la tentación de salir de sus límites, construyó Juliano en el Mosa tres castillos, que



Parte del anfiteatro de Lutecia.

abasteció con trigos de Bretaña. Una numerosa flotilla fué á transportarlos, con la doble mira de pasear la bandera romana á lo largo de los ríos galos que bajan al mar del Norte, donde hacía mucho tiempo que no la habían visto. El prefecto Florentino había propuesto comprar á los germanos la libertad del paso, á precio de 2.000 libras de oro. Juliano se negó á ello con noble altivez, y tal era el ascendiente que había tomado sobre los bárbaros, que no se atrevieron á intentar nada para sorprender aquella rica presa.

Un reconocimiento hecho con viveza y audacia en la Germania durante el otoño, hizo comprender á las tribus de ultra-Rin la necesidad de la prudencia enfrente de un general tan activo. Con esto, no necesitó el año siguiente (359) más que un paseo militar más allá del río para asegurarse de que todo estaba tranquilo en aquella frontera.

Los alamanos mismos trajeron los materiales necesarios para la construcción de siete ciudades, entre las cuales se cuentan Bonn, Bingen, Andernach y Nuys, que con Maguncia y Colonia, iban á ser los centinelas del imperio en el Rin.

En el intervalo de las expediciones pasaba Juliano la

(1) Brabante septentrional, provincia de Amberes y una parte de Limburgo.

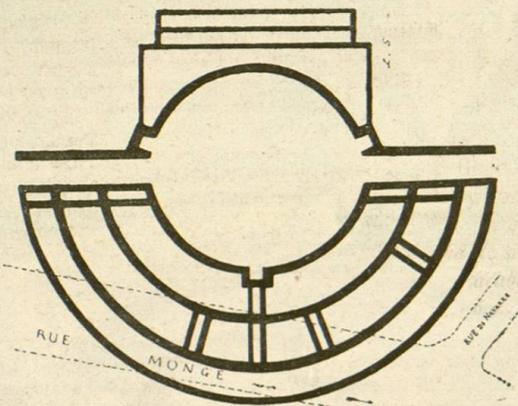
mala estación en Lutecia (2). Asentada en medio del fértil país tan bien llamado Isla de Francia, casi en el punto de concurrencia de los tres valles del Oise, del Marne y del Sena, á orillas de un río de manso curso, que desagua en el mar enfrente de Bretaña y nace no lejos de los parajes por donde el Saona y el Ródano descienden al Mediterráneo, Lutecia había encontrado en su posición geográfica todas las condiciones de una gran plaza de comercio, y lo era efectivamente.

Desde el tiempo de Tiberio, el rico gremio de bateleros del Sena, *Nautæ Parisienses*, estaba establecido en la isla de la ciudad, como en un navío anclado en medio del río. Dos puentes de madera unían las opuestas márgenes, en las cuales se extendían, al Norte, la ciudad gala, y al Sur la ciudad romana.

(2) En el *Misofogon* hizo Juliano una verídica descripción de esta ciudad. Observó que rara vez crece ó disminuye el río, conservando en todas las estaciones casi el mismo nivel, y que la estación de invierno es muy templada á causa de la vecindad del Océano, que extiende hasta allí un suave calor. «Los habitantes, dice, tienen vides y hasta higueras, que abrigan con paja durante el invierno.» Hace constar la influencia del mar en la temperatura de las comarcas vecinas, ó lo que llamamos nosotros el *clima marino*; y habla en los *Césares*, de los dioses que se sostienen en lo más alto de los aires por la ligereza de su cuerpo y por la revolución de la luna.

Lutecia era también una importante posición militar. César se había detenido allí muchas veces y los últimos emperadores hicieron de ella una residencia imperial, formando establecimientos militares, porque aquella ciudad venía á ser lo que París es hoy, el centro de la resistencia á Alemania. Los bárbaros iban fácilmente del Rin á las puertas de Tréveris, la capital gálica de Maximiano Hércules y de Constantino, y muchas veces habían insultado sus murallas. Para ellos, Lutecia estaba entonces demasiado lejos.

En la falda del monte *Lucotecius*, en que se alza el Panteón, se encontraban entonces, al Nordeste, una construcción municipal, un anfiteatro y un teatro recién descubierto; al Sudoeste el campamento de las legiones y entre los dos, el palacio imperial, adonde un acueducto llevaba el



Plano del anfiteatro de Lutecia

contribuyentes. Impedía que el prefecto del pretorio, Florencio, aumentara los impuestos; y para probarle que exigía demasiado, rehacía sus cuentas.

Jamás se vió en su puerta un delator; pero el que iba á reclamar justicia estaba seguro de ganar su causa como ella fuera buena (1).

Por la noche reunía á su lado á los sabios, á los filósofos que iban á su cuartel, y descansaba de los negocios con la biblioteca de Eusebia. No se desdenaba de escuchar los consejos del sabio Euterio, su chambelán, fiel servidor que en vez de trabajar por corromper á su amo, como los eunucos, sus iguales, ponía á su servicio una larga experiencia y la pasión del bien (2).

¿Era pagano Euterio? No lo sabemos; pero dos amigos del César lo eran, su médico Oribaso y Salustio, el mejor de sus tenientes. Al primero animó á compendiar los escritos de Galeno (3), y departía con el segundo de sus campañas, ó cuando estaban solos, de su común divinidad, el

(1) Am. Marcelino refiere que, exclamando un abogado: «¿Qué culpable no pasará por inocente, si basta negar?» Juliano le contestó: «¿Y qué inocente no pasará por culpable, si basta acusar?»

(2) *...beneficiendi avidus... etiam Julianum aliquoties corrigebat* (A. Marcel. XVI, 7). Juliano había tenido por preceptor á otro eunuco muy honrado que le comunicó su pasión por las letras griegas.

(3) *Ἱατρικὴ συντομὴ*, de que nos queda casi la mitad. Es una especie de enciclopedia médica formada de extractos textuales de Galeno y de los médicos más famosos. En la portada de su primer libro dice Oribaso: «Emperador Juliano, durante nuestra estancia en Galia, he terminado, según tu deseo, el compendio que tu Divinidad me encomendó.»

agua fresca y pura de las fuentes de Arcueil; en el emplazamiento de nuestro antiguo *Hotel Dieu*, los restos de un monumento triunfal, probablemente posterior á Juliano; en fin, en el monte *Lucotecius* una gran manufactura de charrería. Puede juzgarse del gusto de nuestros antiguos artistas parisienses por el vaso que hemos hecho dibujar.

Todos los otoños iba Juliano al palacio de las Termas, que ha conservado su nombre, y se veía con admiración al joven victorioso hacer vida de sabio en la residencia imperial. En lo más crudo del invierno, no había fuego en su habitación; su lecho era una piel de carnero; su comida la ración de los soldados, y compartía su vida casta y laboriosa entre los negocios y los libros.

Proveyó á la necesidad más apremiante de las provincias, la de una administración íntegra y benévola para los

Apenas servida la mesa, preséntase Julio César con la cabeza alta y la mirada altiva. Sileno grita al punto dirigiéndose á Júpiter: «He aquí un perillán que parece dispuesto á disputar el imperio; gusta de ser el amo y tiene talla y bríos para serlo.»

Octavio lo sigue pian piano. Al ver los colores que se suceden en su rostro, hubiérasele tomado por un verdadero camaleón: pálido primero, después rojo, luego verde, pardo negro, hasta que al fin se serena y toma un tinte agradable. «Sin mentir, dice Sileno, he aquí un animal bien cambiante, ¿querrá jugarnos una mala partida? — Déjate de burlerías, exclama Apolo; voy á confiárselo á Cenón, que hará de él un príncipe sin tacha.» Y en efecto, Cenón fué á susurrar al oído de Octavio algunas palabras de filosofía y luego al punto vino á ser Octavio un hombre sabio y moderado.



Taza de barro cocido de la fábrica de Lutecia

Sileno hace una seña á Apolo y le dice al paño: «He aquí un monstruo que se ha empeñado en imitarte tomándote por modelo.» Apolo le arranca la corona de laurel, rómpele la lira, y el Cócito se traga al tirano.

Después de él acuden gentes de todas clases, un pueblo de monarcas, y Sileno no se digna decir gran cosa. Se despidió á Tito para que vuelva á sus amos, y se encadena á Domiciano, á quien Sileno llama Falaris. La dignidad de Nerva impone al locuaz bufón, el cual encarándose con los dioses, les dirige esta reconvencción: «¡Dais quince años de imperio á un monstruo y uno solo á este buen príncipe!»

Cuando se presenta Trajano trayendo á cuevas los despojos de los gets y los partos, exclama Sileno á voz en grito: «¡Guarde bien nuestro señor Júpiter al que nos escancia de beber!»

Adriano le sigue con su lengua barba y su expresión altiva; presume de poeta y de músico, mira al cielo á cada instante, da en las curiosidades prohibidas y busca probablemente á su mancebo, el hermoso Antinoo.

Llega después un moderado en política, no en el culto de Venus, el minucioso Antonino, que quisiera partir en dos mitades un grano de comino.

A vista del virtuoso Marco Aurelio, muérdese la lengua Sileno y calla, mal que le pese, pues tiene comezón de hablar.

Sin embargo, no juzga á Cómodo digno de dirigirle una palabra, mala ni buena, y solo insinúa á Pértinax que tenía conocimiento de la conspiración en que pereció su predecesor.

He aquí ahora á Severo el terrible. Sileno le teme y llama en su ayuda á la prudencia. «Con éste, dice, pocas chanzas: sería capaz de pasarnos por las varas.»

Se expulsa del festín ignominiosamente á Caracalla, á Macrino y á Heliogábalo; y se acoge con honor á Alejan-

Entra Tiberio con su aspecto adusto, fiero y terrible; pero al volverse para sentarse muestra la espalda cubierta de llagas y cicatrices, vergonzoso testimonio de sus vicios. Sileno, que tiene miedo y asco, lo despide en voz baja haciéndole volver á su isla de Capri.

Cuando aparece Calígula se horrorizan los dioses y Nemesis lo entrega á las furias vengadoras, que lo precipitan al Tártaro, con tal y tanta presteza que Sileno no tiene tiempo de abrir la boca.

Pero se indemniza, cuando el tío Claudio entra en el festín, llamándole estúpido y farfullero, y extraña que Rómulo le hubiera invitado á medias ó sea sin Narciso y Pallas, sus libertos favoritos. «Envía por ellos sin demora y también por la casta Mesalina. ¿No ves que sin ellos es Claudio un cuerpo sin alma?»

Llega Nerón coronado de laurel y con la lira en la mano.

dro Severo, á quien solo tiene que reprochar Sileno haberse dejado guiar por su madre.

Pero Júpiter hace salir del banquete á Valeriano, que aparece cargado con los hierros de Sapor, y también á su hijo el afeminado Galiano, cargado sólo de perfumes.

Los dioses, muy deferentes y amables con Claudio II, el Gótico, le prometen poner su posteridad en el trono y conservarla en él mucho tiempo (sabido es que Juliano era nieto de este Claudio).

Aureliano entra al festín jadeando de fatiga y emoción: acababa de escaparse de manos de los carceleros que lo habían conducido ante el tribunal de Minos por una multitud de acusaciones de asesinatos, de que había salido bastante mal librado.

Mientras los dioses admiran al enérgico Probo, Sileno le da una ligera lección condenando su dureza y sorprendiendo á Baco con su momentánea gravedad.

Caro, Carino y Numeriano aparecen á la vez, y Nemesis les indica la puerta de la calle con su cortesía habitual.

Por último, avanza Diocleciano con desembarazo y dignidad, descargado como viene de un peso que ha puesto sobre los hombros de Maximiano, de Galerio y de Constancio Cloro. Dáseles puesto honorífico á la mesa del festín, salvo al brutal Maximiano, á quien no se le da puesto ninguno, ni bueno ni malo. Constantino y sus hijos cierran la marcha de los escogidos.

La mesa de los dioses es servida con toda magnificencia habiendo en ella de todo á pedir de boca. Juliano sale así del paso, ahorrándose la descripción del servicio.

Pero hay en el festín una silla desocupada. ¿A quién darla? Cinco candidatos la pretenden: César, Octavio, Trajano, Marco Aurelio y Constantino. Y todavía sobreviene otro presentado por Hércules: es Alejandro. Cuando lo ve entrar Sileno, dice aparte á Rómulo: «¡Mucho cuidado! Mira que este griego, solo y todo, es muy capaz de meren-

darse á todos tus romanos.» Rómulo se quedó pensativo.

Cada uno alegó sus derechos, sin que Sileno dejara de interrumpirles con alguna agudeza que, trayendo el elogio á los términos de la historia, pusiera las cosas en su punto. En resumidas cuentas vino á triunfar Marco Aurelio de los batalladores y de los políticos; y para compensar á los ambiciosos postergados, les permitió Mercurio vivir al lado de los dioses de su devoción. Alejandro se fué con Hércules, Octavio con Apolo, Marco Aurelio con Saturno, padre de los dioses; César divagaba, pero Venus su abuela y Marte, que la seguía aún, hubieron de llamarlo; Trajano siguió á Alejandro que, como él, sabía pelear y beber; Constantino fué á buscar á la Molicie y la Liviandad. (Aquí se echa de ver el rencor de Juliano contra quien había hecho triunfar el culto de los nazarenos.)

Ganar victorias, librar veinte mil prisioneros, edificar ciudades, administrar los recursos del tesoro de tal manera que cesaron las superindicciones, y las rebajas redujeron el impuesto por *caput* de 25 á 7 áureos (1); ocupar, en fin, en trabajos literarios el tiempo robado al sueño, eran cualidades de un hombre superior. Por eso, los pueblos que él protegía contra el fisco y los concusionarios, después de haberlos librado de los bárbaros, bendecían al joven *imperator*.

Pero los hombres puestos á su lado para dirigirlo se reconcomían de despecho y enojo contra un hombre que los hacía inútiles, atendía á todo y en todo tenía tan seguro golpe de vista que se iba siempre derecho á las mejores soluciones. Con esto, el prefecto Florencio, reducido al papel de contador, vigilado y mantenido á raya, se vengaba con cartas ultrajantes ó burlescas, dirigidas á la corte.

«Por sí mismo, escribía á sus amigos de la corte, por sí mismo Juliano es incapaz de hacer nada; Salustio es quien lo dirige todo, y con este general, Juliano llegará á ser peligroso.»

En Milán todavía se exageraban las cosas tomando pie de tan pérfidas palabras. Dispuestos resueltamente los cortesanos á sostener que Constancio había ganado en persona la batalla de Strasburgo, leían en son de burla y comentaban para irrisión los boletines de guerra del diminutivo vencedor, *victorinus*, á quien llamaban mono vestido de púrpura y topo locuaz.

En el fondo, bien sabía el emperador á qué atenerse sobre la maledicencia de sus cortesanos; pero no le desagradaba oírlos, como quiera que le causaba cierta inquietud la fama creciente de Juliano, á quien no podía ya ver con buenos ojos. Puesto que Florencio decía que Salustio hacía toda la fuerza de Juliano, separó del César á Salustio, relegándolo á un oscuro mando de la Tracia.

Juliano sintió profundamente esta medida del emperador, que le privaba de tan dulce amistad. Poseemos la triste carta que escribió á «su caro amigo,» al compañero de

(1) Si reducía el impuesto, exigía con severidad los ingresos sin permitir que hubiera atrasos, verdadera plaga de las rentas romanas (A. Marcelino, XVI, 5, y XVII, 2). El tipo de 25 impuesto sobre un capital de 1,000 aureos, ó 2 1/2 por 100 del capital, era excepcional y debido á alguna circunstancia que ignoramos. Cuando á consecuencia de las guerras civiles ó de las invasiones, la industria y el comercio languidecían, los impuestos indirectos y el *crisargiro* rendían poco. Para enjugar el déficit, recargaba el gobierno la propiedad territorial, y esto es lo que debió de suceder en Galia. El tipo de 7 áureos parece haber sido el normal, pues se encuentra en 443 (*Nov. Valent.*, III, tit. V, § 4). Si el capital daba el 3 por 100, sólo quedaba al propietario, como renta, en el primer caso, 1/2 por 100, ó sea en francos, 50 céntimos; en el segundo 2,30, porque 7 por 1000 no representan más que 70 céntimos. Era para los galos una rebaja considerable, que tenían que agradecer á Juliano.

sus trabajos, al confidente de sus pensamientos, la cual termina con estas palabras verdaderamente sentidas:

«¡Plegue á la divinidad propicia guiar en todas partes tus pasos! ¡El dios de la hospitalidad te acoja con los brazos abiertos y el dios de la buena amistad te sea siempre benévolo, alumbrando las vías por donde andes y calmando las olas por donde navegues! ¡Que haya alegría á tu llegada y lágrimas á tu partida y que nos ames siempre!»

Más graves cuidados vendrán muy pronto á afligirlo; Constancio va á pedirle la mitad del ejército de las Galias.

IV.—RENOVACIÓN DE LA GUERRA PÉRSICA. JULIANO PROCLAMADO AUGUSTO. MUERTE DE CONSTANCIO (361).

Constancio había permanecido en Milán, de donde no se alejaba sino rara vez, como en 357, para una entrada triunfal en la vieja capital del mundo, que admiró mucho, pero donde el persa Hormisdas, que le acompañaba, halló que se moría la gente como en cualquiera otra parte (2), ó como más tarde para una rápida excursión contra los alamanos de la Recia y para una breve campaña contra los bárbaros del medio Danubio, cuya fácil derrota le valió el sobrenombre de *sarmático* (358).

Las querellas religiosas lo ocupaban mucho más. Quería, como su padre, gobernar la Iglesia; mas para lograr esto se necesita ser un monarca poderoso: Constantino mismo no había obtenido más que una tranquilidad relativa. En el reinado de Constancio, el imperio estuvo siempre turbado por las contiendas de arrianos y ortodoxos, de que hablaremos más adelante; contiendas, sin embargo, más ruidosas que peligrosas. Propóníase también suprimir las curiosidades indiscretas. Los magos, por ejemplo, le daban mucho miedo, y ordenó una verdadera persecución contra los que consultaban las estrellas ó los oráculos. En 359 el maestro de la infantería Barbación, muy turbado por la aparición de un enjambre de abejas en su casa, hubo de consultar á los adivinos sobre este presagio, y supo de ellos que anunciaba un acontecimiento memorable. Este acontecimiento, que el Destino preparaba, parecióle al general que no podía ser otra cosa, sino la muerte del emperador, á quien sustituiría él en el imperio, y su mujer Asiria, viéndolo ya investido de la púrpura, le suplicó en una carta cifrada que no prefiriera á la emperatriz Eusebia en razón de su belleza.

Una esclava infiel hizo llegar á manos de Constancio una copia de esta carta y he aquí cuán funestas consecuencias. Según las antiguas ideas religiosas, que abandonando los espíritus, habían dejado en ellos muchas supersticiones, un mal pensamiento era un principio de atentado, y siempre se había hecho de estas pueriles esperanzas un crimen de lesa majestad. En su virtud, Barbación y Asiria fueron decapitados, siguiendo según el uso, la suerte de los infelices esposos sus más íntimos amigos.

Estas supuestas conspiraciones que turbaban la corte no

(2) A. Marcelino (XVI, 10) da curiosos pormenores sobre esta entrada triunfal de Constancio en Roma, donde hacía treinta y dos años que no habían visto á ningún emperador; y Símaco (X, 54) sobre sus visitas á los templos paganos, su respeto á las vestales, sus larguezas para las fiestas y sacrificios públicos, los sacerdocios conferidos por él á nobles romanos, etc. A fin de halagar á los romanos por el buen recibimiento que le habían hecho, hizo venir de Egipto el obelisco que se eleva aún en la plaza de San Juan de Letrán. Nótese que á pesar de su celo arriano, Constancio no hizo nada en Roma contra el paganismo, á no ser quitar de la curia el altar de la Victoria. Había nombrado senador de Constantinopla al pagano Temistio, y envió otro pagano, el filósofo Eustato, de embajador á la corte de Sapor.

agitaban el imperio; pero un peligro inesperado amagaba en el Oriente.

Desembarazado de las guerras que lo habían retenido mucho tiempo en sus provincias orientales, reclamaba Sapor de nuevo toda la Armenia y la Mesopotamia (1). En el año 359, guiado por un tráfuga que le había entregado el plano de las fortalezas, el estado de los almacenes, y la distribución de los diferentes cuerpos del ejército de Oriente, pasó el Tigris por Ninive con un ejército que se hace subir á cien mil hombres.

Tenemos, por fortuna, para esta campaña la narración de un testigo ocular, Amiano Marcelino, que nos hará saber cómo se hacía en aquel tiempo el sitio de una plaza fuerte.

«Fué enviado, dice, con un centurión al gobernador de la Corduena, el cual me hizo conducir á lo alto de una altísima roca, desde donde podía abarcarse á la simple vista espacio de cincuenta millas á la redonda, y allí estuvimos dos días en observación. Al tercero, todo el espacio que abarcaba la vista se cubrió de escuadrones enemigos: Sapor acababa de pasar el Tigris por la parte de Ninive. Juzgando que necesitaría lo menos tres días el resto de su ejército para pasar á la orilla derecha del río, volvimos apresuradamente á los nuestros.

»Luego al punto se dió orden de encerrar el ganado en las ciudades y de incendiar los campos, donde ya se doraban las mieses (mayo). Del Tigris al Eufrates no se veía luego sino un mar de fuego. Los persas querían ir directamente á la Siria para entrar á saco sus ricas ciudades; pero á la nueva de que el río había crecido de pronto por el derretimiento de las nieves (julio ó agosto), se detuvieron en la Mesopotamia y tomaron sin combate muchas ciudades, donde encontraron ingenios de guerra, cuyo manejo les enseñaron algunos tráfugas.

»En las cercanías de Amida (*Diarbekir*) fuimos sorprendidos por sus catafractarios y empujados á las escarpas del Tigris. Ursicino, nuestro general, envuelto momentáneamente, pudo al fin romper el círculo de enemigos gracias al poder y ligereza de su caballo. En cuanto á mí, tomé carrera hacia la plaza, donde penetré por una poterna. Siete legiones, dos de ellas galas, se encontraban allí, con el cuerpo de los arqueros, *sagittarii comites*, compuesto de bárbaros muy diestros en el manejo del arco.

»El día siguiente, al despuntar la aurora, todo el horizonte resplandecía al brillo de las armas; innumera caballería, guarnecida de hierro, cubría la llanura y los collados y desplegada al aire ondeaba, como una lengua de fuego, la bandera roja llamando á la pelea.

»Por delante de los escuadrones aparecía Sapor, dándose á conocer con su tiara de oro cuajada de pedrería y el brillante cortejo de reyes y príncipes que lo rodeaban. Y avanzó soberbio, y tan cerca llegó de la muralla, que una flecha traspasó un paño de su púrpura. Consideró Sapor el hecho como un atentado contra la majestad de los reyes; y muy luego otro hecho idéntico ó parecido vino á aumentar su indignación y coraje. Enviado Grumbates, rey de los quionitas, á intimar la rendición de la plaza, se acercó á los muros, precedido de hombres que llevaban caduceos, según la usanza. La guarnición le contestó con una granizada de flechas, quedando entre los muertos el hijo de Grumbates.

(1) A. Marcelino (XVII, 5) ha conservado la carta de Sapor, que se titula *hermano del Sol*, y la contestación de Constancio «á su hermano el rey Sapor.» Como se ve, la fórmula cortesana que usan los reyes modernos, unos con otros, tiene ya fecha. El estilo de Amiano Marcelino es bastante difuso, y abreviamos la narración que hace del sitio de Amida.

»Durante siete días estuvo de duelo el campo de los persas; duelo extraño, en que alternaban los festines y las danzas, los cantos fúnebres y los lamentos de las mujeres. Todos juraron que la completa destrucción de la ciudad sería la expiación ofrecida á los manes del joven príncipe.

»La noche que precedió al primer ataque, el ejército enemigo rodeó toda la plaza, y al rayar el día vimos cinco líneas de infantería cubiertas con escudos, detrás de estas líneas un número infinito de jinetes, elefantes que llevaban torres guarnecidas de combatientes y las máquinas de guerra tomadas por los persas en nuestras ciudades.

»A la señal dada por Grumbates, que lanzó al aire un dardo ensangrentado, el ejército entero se precipitó hacia los muros como un turbión formidable: los dardos volaban y herían; los heridos y muertos son numerosos; pero por ambas partes era igual el ardor y el combate continuó hasta el anochecer.

»El día siguiente, al rayar el alba, dieron la señal las trompetas y volvió á comenzar la pelea, y así los demás días. Las flechas caían como el granizo en el estrecho recinto en que estaban aglomerados veinte mil hombres, y en ellos hacían víctimas, cuyos cadáveres descompuestos vinieron á producir un nuevo azote, la peste.

»Sin embargo, el enemigo preparaba sus medios de ataque; pero nuestras salidas y los disparos de nuestras máquinas desbarataban sus obras é impedían sus trabajos. Un día vimos llegar al campamento enemigo una multitud de cautivos: eran los habitantes de la ciudad de Ciata que los persas habían reducido á esclavitud. Cuando les faltaban las fuerzas á aquellos infelices, fatigados por la longitud del camino, les cortaban los jarretes y los dejaban morir abandonados. Este espectáculo exasperó á nuestros galos, á quienes difícilmente se podía contener, y cerrada la noche salieron silenciosamente de la plaza, penetraron en el campamento enemigo é hicieron espantosa carnicería; y todavía hubieran llegado al cuartel real, como se habían propuesto, á no haberse levantado en armas todo el ejército á las voces y lamentos de los heridos. Nuestros galos retrocedieron sin volver la espalda, y para detener la multitud armada que se venía sobre ellos, tuvimos que valernos de un ardid: las trompetas tocaron por toda la ciudad llamando á la guarnición á las murallas, y las balistas, los escorpiones, las catapultas, todos los ingenios puestos en movimiento, jugaron en seco ó sin carga, pero el ruido de las máquinas inquietaba y contenía al enemigo, á quien no podíamos atacar de veras por no ofender también á los nuestros.

»El ardid fué eficaz: nuestros galos menos perseguidos pudieron entrar en la plaza al romper el día. Habían tenido cuatrocientas bajas; pero hubieron ellos de hacer tantas al enemigo, aun de personajes de alto rango, que tuvieron los persas que pedir un armisticio de tres días para llorar y enterrar sus muertos.

»Durante mucho tiempo se habló de esta hazaña, cuyo recuerdo consagró el emperador erigiendo en la plaza pública de Edesa las estatuas de los oficiales galos que mandaban aquella intrépida tropa.

»Entre los persas, al duelo sucedió luego la cólera y emprendieron con mayor ahinco las obras de aproche. Se protegieron con manteletes de mimbre para acercarse á zapar al pie de la muralla, arrimaron á ella sus arietes para batirla en brecha y torres de madera revestidas de cuero fresco y láminas de bronce y coronadas de balistas, que, dominando los muros, debían apartar de ellos á sus defensores.

»Al rededor de la ciudad sólo se veía un horizonte de hierro. Nuestras máquinas, sin embargo, introdujeron el